le permitía obrar en su territorio separado como un obispo en su diócesis, exceptuadas —claro está— las cosas que exigen orden sagrado. […] Esta salvedad relativa al sacramento del orden, es reiterada con cierta frecuencia y no deja lugar a dudas en la interpretación que Escrivá de Balaguer lleva a cabo en torno al ejercicio de facultades jurisdiccionales tan extraordinarias» (*ibid.*).

En fin, hago mías las palabras con las que Pedro Lombardía terminaba una recensión a esta obra en 1975: «Al canonista del futuro Escrivá de Balaguer entrega una monografía —"La Abadesa de las Huelgas"— y las fuentes para multitud de trabajos científicos: todos sus escritos doctrinales, todos los documentos que reflejan su labor viva al servicio de la Iglesia. En el conjunto de esta impresionante tarea no me parece que "La Abadesa de las Huelgas" sea lo más importante, pese a su indiscutible aportación científica, pero este libro para quien escribe esta reseña —canonista de oficio— cobra una particular significación. Josemaría Escrivá de Balaguer, que ha enseñado que la santificación del trabajo profesional tiene como ineludible presupuesto esforzarse en hacerlo con la mayor perfección humana, ofrece en la monografía reseñada un ejemplo particularmente claro de tarea profesional bien hecha» (*Ius Canonicum*, n. 29, 1975, pp. 346-347).

Me parece que estas gráficas palabras son de estricta aplicación a esta obra de edición crítico-histórica recensionada.

Juan Fornés

José Luis González Gullón, *DYA: La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid, Rialp, 2016, 559 pp.

La academia y residencia de estudiantes DYA fue la primera actividad institucional que organizaron miembros del Opus Dei como tales, y hay que apresurarse a decir que a este lector le ha costado dar con un término que corresponda claramente a la realidad de que se trata. Hablar de "actividad institucional" debe tomarse como mera aproximación provisional, sin sentido jurídico ni canónico alguno. Los historiadores –igual que todos los humanos– tendemos a uniformar conceptualmente la realidad cuando la intentamos explicar –y eso por la sencilla razón de que queremos justamente eso, explicarla, hacerla fácilmente inteligible– y no somos conscientes de que esa es una forma de cambiar la realidad. Quizá sea "la" forma por excelencia. Para hacer inteligible el pasado, lo adecuamos a los conceptos que hoy se entienden, aunque entonces no se emplearan, y eso puede hacer relevante hasta lo más irrelevante y confundir a quien oiga o lea sobre ello.

Esto tiene mucho que ver con el carácter de este libro. Es fruto de una investigación probablemente exhaustiva. Lo es no sólo porque el autor ha empleado los fondos archivísticos de la Prelatura del Opus Dei que ha considerado necesarios, sino porque apura el análisis documental hasta exprimir completamente el contenido. En

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

esa perspectiva, sólo llama la atención que –como honestamente reconoce– no haya tenido ocasión de examinar directamente los Apuntes íntimos de san Josemaría. Los cita muchas veces, pero se trata de menciones tomadas de otros autores. Al menos, hubiera sido deseable que hubiera podido comprobar la exactitud de esas citas que copia y examina. No es un problema de confianza, sino de rigor. La experiencia enseña que los autores precedentes incurren sin querer en omisiones o en lecturas erróneas que dan lugar a equivocaciones que heredan todos los que, después, hacen uso de esas palabras.

La importancia de esta única objeción documental es relevante precisamente porque, al examinar esos textos transcritos ya por otros, el profesor González Gullón observa con frecuencia detalles que esos autores anteriores quizá no valoraron o, al menos, no subrayaron como él lo hace. Y es verosímil que el contexto original de esas citas aumente aún su elocuencia. Es esa técnica y análisis minucioso, al cabo, lo que le permite apurar el estudio hasta convertirlo en un libro prolijo, aparentemente excesivo para algo tan pequeño como una modesta academia y residencia estudiantil que apenas duró un par de años y se llevó por delante la guerra, barriéndola físicamente con disparos de artillería "nacional".

Aquí surge lo paradójico, y es que esa exhaustividad deja un sabor muy claro: aquí –en este libro–, se dice todo y eso es todo lo que hubo y lo que aquella academia fue. Uno dispone hasta de los planos y puede situar hasta los servicios higiénicos, si se me permite la franqueza en aras de la claridad.

Hay, sin embargo, un segundo efecto, que el autor no declara pretender; pero cuesta pensar que no sea consciente del alcance de lo que muestra. No saca conclusiones, sino que induce a que el lector concluya por su cuenta, y lo que surge de ese planteamiento –o, al menos, ha surgido en este lector– es una comprensión más clara de los orígenes del Opus Dei. Uno llega a la conclusión –hipotética, sin duda– de que, el 2 de octubre de 1928, Josemaría Escrivá quizá vio lo que Dios quería de él, pero no cómo hacerlo. No me refiero ya a que careciese de los medios económicos imprescindibles para mantener a su propia familia, sino a que una cosa es entender que Dios le pide a uno que se dedique no sólo a predicar, sino a hacer viable realmente la llamada universal a la santidad, y otra saber cómo se hace realmente viable, asequible, algo así; o sea cómo se "organiza" eficazmente la difusión de esa propuesta.

Posiblemente, el lector entenderá mejor lo que quiero decir si se fija, por ejemplo, en la cuestión de los sacerdotes que colaboraron con el fundador durante los primeros años del Opus Dei. Otros autores ya habían expuesto las razones del fracaso con esos primeros sacerdotes. En este libro, sin embargo, se detalla al máximo precisamente porque, en gran medida, fue la academia y residencia la piedra de toque.

Pero eso lleva a otro aspecto del –digamos– carácter experimental o tentativo, propio de estos momentos iniciales, sobre la forma de hacer realidad el empeño, que es el de la dirección de la Obra y su propia articulación jerárquica. Los eclesiásticos que lo hicieron rechazaron la idea de abrir una academia-residencia porque se les reunía y consultaba. De los datos que reúne González Gullón podría deducirse que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fue quizá la frustración de esa especie de primer gobierno colegiado lo que abrió la puerta a la creación de otro pequeño núcleo directivo, colegiado también, pero con laicos. O eso, o fueron dos iniciativas paralelas que, sin embargo, terminaron por sucederse en el tiempo.

Al poner por escrito estas reflexiones, uno entiende mejor las razones por las que González Gullón no entra a reflexionar por su propia cuenta. Es obvio que, si lo hiciera, tendría que responder a las preguntas que todo esto plantea, y eso requeriría otra investigación (que ahora, no obstante, parece necesaria).

En la única frase que me ha llamado la atención del libro por falta de mención de la base documental en que se funda, González Gullón comenta que, en efecto, san Josemaría empezó con gente de muy diversa condición, pero que prefería a los intelectuales, a quienes atribuía una mayor influencia en la sociedad (p. 74; nuevamente en 399). Estoy seguro de que era así porque, después del "Yo acuso" de Zola, eran muchos los que pensaban de ese modo en todo el mundo. Pero, del libro, lo que parece deducirse es que la preferencia práctica por los «intelectuales» fue en parte consecuencia de la creación de la academia, cuya creación, a su vez, no se presenta como fruto de un criterio pastoral de prioridades, sino porque el pequeño grupo necesitaba un espacio físico en el que reunirse y reunir a los amigos, y lo más asequible fue eso. Hasta entonces se reunían en una chocolatería de Madrid.

Querría llamar la atención sobre un último aspecto cuya "incorrección política" es la mejor garantía de veracidad que una persona puede dar –en este caso, un historiador–; me refiero a que buena parte de los jóvenes varones que se acercaron a Josemaría Escrivá en aquellos años eran tradicionalistas o integristas (pp. 61, 468, 479-80, 488-90). Claro es que empleo esta última denominación en el sentido propio de la época, que era la que marcaban el llamado precisamente Partido Integrista y su principal diario, El Siglo Futuro. Al mismo tiempo es verdad que no todos los estudiantes que acudían a DYA tenían la misma visión política; algunos también se manifestaban poco interesados en esas cuestiones, mientras varios de los más politizados dejaron de frecuentar la residencia (p. 480). En cualquier caso, lo que resulta claro de la lectura del libro es que san Josemaría vio muy pronto que la organización de lo que pretendía acometer debía carecer de compromiso con una opción política determinada. Lo expresó claramente cuando, ya abierta la academia, impuso el criterio de que allí no se hablara de política de partidos (p. 478). La importancia de este principio aconsejaría quizás asegurarse de que aparece documentado por primera vez en esa ocasión.

El libro es un sillar solidísimo, en suma, para la historia del Opus Dei y, además, está lleno de puertas que se abren a futuras investigaciones.

José Andrés-Gallego

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei